

Paz justa

¡La paz!... He ahí una exclamación, un anhelo, mejor dicho, que a toda hora y en todo momento se escapa de lo más hondo de nuestro espíritu; un suspiro además que, en esta hora trágica de la historia, lanzan desde el abismo de sus apocalípticas conmociones y catastróficos derrumbamientos los pueblos todos y naciones de la tierra.

Claman ansiosamente por la paz los individuos y las colectividades, los gobernantes y los súbditos, los humildes y los poderosos, los pobres y los ricos; y la paz, la ansiada paz, la suspirada paz, elemento y factor indispensable del bienestar privado y público, de la felicidad individual, familiar y social, no llega nunca, y aun parece que cada día se aleja de nosotros.

Y la paz es necesaria, como es necesaria la salud al cuerpo y la tranquilidad al espíritu; como es indispensable que florezca en las naciones y en los pueblos las rosas de la riqueza material, de la cultura mental y de la bondad moral, bondad, cultura, riqueza, tranquilidad y salud que sólo la paz puede conservar y que destruyen y marchitan las luchas y los odios.

Pero ¿por qué la paz no adviene? ¿por qué esa espléndida aurora no alborea y la noche fatídica y horrenda de las rivalidades y las guerras, de las luchas y los odios no se acaba?

No llega la paz, no adviene su reinado venturoso, su imperio deslumbrante y magnífico, consolador y fortaleciente, a nuestro juicio, porque la justicia ha huido de la tierra; y la justicia, esta refinada esencia de toda virtud y de todo bien, es el obligado mensajero, el precursor nato de esa reina venturosa, la aurora de ese magnífico y dichoso día.

La paz nunca está sola; se desposó insolublemente con la justicia, y dende ésta no sea admitida, aquella jamás tomará asiento. Van abrazadas la paz y la justicia, y si repudiáis a ésta, os negará la otra infa-

liblemente sus halagos y sus dulces caricias.

Si queréis levantar la estatua bella y radiante de la paz, que derrame en el ambiente los beneficios de su luz, de su calor y de su vida, erigid primero el sólido pedestal de la justicia, único capaz de sostener la gloria y la majestad de tan excelsa reina.

Erigid primero la efigie divina de Jesucristo, Sol de la eterna justicia, y de su corazón sublime irradiarán torrentes de paz que refrigeren el mundo y lo conforten; que lo hagan feliz y dichoso.

No busquéis sino la paz de Cristo en el reino de Cristo.

J. J. Manzanares

EDUCACION DE LA MUJER

I

Su importancia

Háblase con frecuencia de la sociedad para fustigar sus vicios que, en verdad, no son pocos ni pequeños; y después de una crítica severa, y muchas veces despiadada, se viene en conclusión de que, movida por el capricho de un individualismo refinado y a merced de todos los vendavales de la molicie, es una sociedad desquiciada hasta el punto de no poderse hallar una mano que arranque de cuajo toda la inmundicia proporcionando el bálsamo conveniente para cicatrizar la llaga.

Pero lo cierto es que si nos preguntamos a nosotros mismos, individualmente ni uno tan sólo nos tenemos por malo; aunque, como colectividad, nos desmentimos afirmando que la sociedad es un manicomio.

Ante afirmaciones semejantes cabe preguntar: ¿qué es la sociedad? ¿No es la agrupación de todos los seres racionales? Y si estos seres son buenos, ¿es posible una sociedad mala?

¿Dónde está, pues, la raíz del mal?

Es innegable que criticamos los actos de los demás sin tener en cuenta los nuestros y mucho menos sin poner remedio a ellos. Corrigiéramos cada día un vicio y la sociedad sería otra cosa. La raíz del mal está, por consiguiente, en nosotros, y la médula, la esencia de formación de una sociedad en que se pueda vivir con menos pasiones, está en el hogar. De él nacen las buenas o malas corrientes del río que ha de fecundar el cuerpo social.

Ahí está el secreto. Pero en el hogar, ¿quién lleva la voz cantante, por decirlo así, de la formación aludida?

Es la mujer la que influye de una manera terminante. Libre o esclava, ella es la reina, porque tiene el resorte de nuestras pasiones. La regeneración de la sociedad ha de venir con la educación de la mujer de tal manera que los pueblos se embrutecerán en sus brazos o se civilizarán a sus pies, según la moral que ella emplee en la educación de sus hijos. Y hablo de la moral que ella emplee, porque se ha dado en dividirla designándola con los pomposos títulos de *moral pública*, *moral privada*, *moral universal*, etcétera.

Si queremos una prueba más patente de la importancia de la mujer en el bien o malestar social, recordemos lo que Napoleón decía un día a madama Campan: «Los antiguos métodos de educación—decía—no valen nada; ¿qué le falta a la juventud para que sea bien educada en Francia?» «Madres, contestó madama Campan.» Y aquel genio que creyó conquistar por las armas el mundo entero, se impresionó llegando a brillar en su inteligencia un foco de luz tan potente que sólo se atrevió a reponer: «Perfectamente, ved ahí todo un sistema de educación. Es necesario, señora, que vos hagais las madres por vuestra educación, madres que sepan educar a sus hijos.»

Salus

o